



Boletín Oficial Eclesiástico
DE LA
DIOCESIS DE SEGOVIA

Nº 1. enero - marzo 2023

OBISPADO DE SEGOVIA

C/ SEMINARIO, 4
40001 SEGOVIA

Teléfono: 921 460 963 - Fax: 921 460 964

E-mail: obsegovia@planalfa.es

SUMARIO

IGLESIA DIOCESANA

I.- Obispo de la Diócesis

Decretos

Reparto de tareas de Vicaría de pastoral, *p. 7*

Renovación de la Comisión para el sostenimiento, *p. 8*

Homilias

Funeral por Benedicto XVI, *p. 10*

Sierva de Dios Isabel la Católica, *p. 15*

Escritos Pastorales

Nadie puede salvarse solo, *p. 21*

La unción de Jesús, *p. 23*

El Cordero de Dios, *p. 25*

En Él estaba la vida, *p. 27*

El resto de Israel, *p. 29*

La misión del cristiano, *p. 31*

Frenar la desigualdad está en tus manos.

(Manos Unidas), *p. 34*

Es posible ser santo, *p. 36*

El hombre ser en prueba, *p. 38*

Caminar detrás de Jesús, *p. 40*

Discípulos misioneros, *p. 42*

Francisco y el servicio de Pedro, *p. 45*

Con ocasión de San José, *p. 47*

La paradoja de Jesús, *p. 49*

Visita pastoral, *p. 51*

Agenda del Sr. Obispo, *p. 52*

II.- Cancillería - Secretaría General

Nombramientos, *p. 57*

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal

Caminos de juventud, *p. 61*

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre

Mensaje a Guadalupe, *p. 65*

VARIOS

Encuentro en Ávila de Iglesia en Castilla, *p. 71*

Capellanes en el Cementerio de Segovia, *p. 72*

Reapertura del Palacio episcopal, *p. 74*

IGLESIA DIOCESANA

I. OBISPO DE LA DIÓCESIS

DECRETOS

REPARTO DE TAREAS DE LA VICARÍA DE PASTORAL

CÉSAR AUGUSTO FRANCO MARTÍNEZ OBISPO DE SEGOVIA

Habiéndome presentado su renuncia como Vicario de Pastoral Don Francisco Jimeno Mardomingo, se la he aceptado y he decidido “donec aliter provideatur” repartir sus tareas entre los demás actuales Vicarios. En virtud de lo cual,

DECRETO

El Vicario General asumirá la coordinación del Colegio de Arciprestes y la presidencia de la Comisión para el Sostenimiento de la Iglesia.

El Vicario para la Evangelización asumirá las tareas de coordinar el Consejo de Pastoral diocesano, coordinar la programación diocesana y coordinar diocesaneamente los encuentros de obispos, vicarios y arciprestes de Iglesia en Castilla. Recaen también sobre él: la Delegación de

Liturgia, el Secretario de Apostolado seglar, el Secretariado de Ecumenismo y los Celebradores de la Palabra.

Dado en Segovia a 3 de enero de 2023

+ César Franco Martínez,
Obispo de Segovia

Por mandato, Mons. Alfonso M^a Frechel
Canciller

RENOVACIÓN DE LA COMISIÓN PARA EL SOSTENIMIENTO

CÉSAR AUGUSTO FRANCO MARTÍNEZ OBISPO DE SEGOVIA

Desde el secretariado para el Sostenimiento de la Iglesia de la Conferencia Episcopal Española se desea impulsar en los fieles cristianos una conciencia más profunda y amplia en la corresponsabilidad económica, propia de todos los bautizados en cuanto Cuerpo Místico de Cristo, de colaborar para que las obras e instituciones de la Iglesia, y de cada diócesis, se puedan llevar a cabo con el fin de evangelizar de modo más eficaz que alcance a todos los niveles de la sociedad: familia, cultura, educación, medios de comunicación social, desarrollo integral de la persona, etc.

Para desarrollar esta conciencia de corresponsabilidad económica constituimos el día 5 de abril de 2002 **la Comisión Diocesana para el Sostenimiento de la Iglesia**. Dado que

el Presidente era el Vicario de Pastoral que ha cesado por haber renunciado a su cargo y se van a incorporar nuevos miembros,

DECRETO

Renovar la Comisión Diocesana para el Sostenimiento de la Iglesia,

que estará formada por los siguientes miembros:

- Ilmo. Mons. Ángel Galindo García Vicario General, presidente de la comisión.
- Ilmo. Sr. Don Rafael de Arcos Extremera, ecónomo diocesano.
- Don Luis David San Juan Pajares.
- Rvdo. Sr. Don Ángel Emilio Gelves Ortiz.
- Doña Belén Palomar.
- Doña Marta Pascual de Lucas.
- Don Antonio Franco Tejedor.
- Don José M^a Gutiérrez de Diego.

Dado en Segovia, a 3 de enero de 2023.

+ César Franco Martínez,
Obispo de Segovia

Por mandato, Mons. Alfonso M^a Frechel
Canciller

HOMILÍAS

FUNERAL POR BENEDICTO XVI

(Segovia, 4 de enero de 2023)

Lecturas de la eucaristía:

Primera lectura: Dn 12, 1-3

Segunda lectura: 1 Pe 5,1-4

Evangelio: Jn 21, 15-17

Nos reunimos en torno al altar de Jesucristo para celebrar la eucaristía, el misterio pascual de Cristo, en sufragio por el alma del papa emérito Benedicto XVI que ha sido llamado por Dios a su presencia. Su fe y su vida santa nos permiten pensar que, no solo se ha encontrado con el juez definitivo de su vida, sino con el amigo y hermano que le ha ayudado a atravesar con confianza la oscura puerta de la muerte. Sus últimas palabras —«Jesús, te amo»— constituyen una hermosa profesión de fe e íntima declaración de un amor trasparente y absoluto a la persona de Cristo que ha sostenido su vida entera y su ministerio. ¿Cómo no recordar las palabras de Pedro en su triple confesión de amor: «Tú sabes que te amo»? La iglesia, todos nosotros, tenemos la certeza de que Benedicto XVI ha amado a Jesús con la generosidad y alegría de los santos. Hoy damos gracias a Dios por su vida y, confiados en la divina misericordia, rogamos por él para que contemple al Dios cara a cara, cuya inmensidad y belleza siempre le sobrecogieron, interpelaron e inspiraron páginas antológicas.

Al ser elegido para la sede de Pedro, se definió a sí mismo como «un sencillo y humilde trabajador en la viña del Señor». Desde su ordenación sacerdotal hasta su muerte

ha dado ejemplo de trabajador incansable al servicio de la iglesia. En las diversas tareas que ha realizado, como teólogo y profesor, perito del Concilio, escritor prolífico, arzobispo de Múnich y Frisingia, prefecto del Dicasterio de la fe y Vicario de Cristo, Benedicto XVI ha convertido su trabajo en una elocuente liturgia de alabanza a Dios. Educado en una familia del sólido catolicismo de su querida Baviera, seducido por la belleza de la casa de Dios, y en especial por la liturgia, se consagró desde su juventud al estudio de la Escritura, que ha sido para él –como ha dicho en repetidas ocasiones– la fuente inagotable e inspiradora de su investigación en los diversos campos de la teología. Su última y querida obra sobre Jesús de Nazaret muestra hasta qué punto su pasión por Cristo corría parejo con el atractivo que la Palabra de Dios ejercía sobre él. En cierto sentido, esta obra revela dónde tenía su corazón el Papa Ratzinger: en la persona de Cristo que colmaba todos sus anhelos y cuyo señorío, como Hijo de Dios y personaje histórico, defendió con vigor y claridad en la decisiva instrucción *Dominus Iesus*.

La elección a la sede de Pedro, como sucesor de san Juan Pablo II, con quien compartió estrechamente el gobierno de la Iglesia, culminaba, no una carrera eclesiástica al estilo mundano, sino la carrera de la fe por la que luchó denodadamente con su investigación científica y desde su magisterio episcopal y papal. La fe era su obsesión de *pastor*, título éste que reivindicaba para sí mismo cuando se le preguntaba cómo se veía: «Yo diría – dice en sus últimas conversaciones – que he intentado ser ante todo un pastor. A ello le es inherente, por supuesto, el apasionado trato con la palabra de Dios, o sea, con lo que un profesor de teología debe hacer. Y a eso se añade el dar testimonio de la fe, el confesar la fe, el ser – en este sentido – un “confesor”. Los términos *professor* y *confessor* son filológicamente

casi sinónimos, aunque la tarea va más en la línea de la confesión» (*Últimas conversaciones*, 285-286).

Benedicto XVI ha confesado la fe, la ha defendido con valentía, la ha proclamado con autoridad y competencia, la ha vivido en primera persona como vocación en su búsqueda de la verdad con mayúscula que ilumina todos los aspectos de la vida ordinaria. El binomio fe y verdad, como el de fe y razón, o simplificando más, el de Dios y hombre, le ha conducido, guiado por la providencia divina, a lanzar el reto intelectual más urgente de nuestro tiempo: mostrar que la razón no se basta a sí misma si prescinde de la «purificación» que es tarea propia de la fe y de la misión de la Iglesia. «La Iglesia tiene el deber de ofrecer, mediante la purificación de la razón y la formación ética, su contribución específica, para que las exigencias de la justicia sean comprensibles y políticamente realizables» (cf. *Deus charitas est* 28).

El esfuerzo intelectual y pastoral realizado por Benedicto XVI en este tiempo de la postmodernidad ha sido gigantesco. Su interés, como pastor de la iglesia universal, nacía del amor al hombre creado a imagen y semejanza de Dios (como enseña en su primera encíclica *Deus charitas est*) y de su profunda convicción de que la fe y la razón se hermanan siempre que el hombre se pregunta por la verdad de sí mismo y del cosmos, que culminan, en último término, en la pregunta sobre Dios. En estrecha colaboración con san Juan Pablo II ha planteado, con la competencia del teólogo y la convicción del creyente, que quien busca con sinceridad la verdad, busca a Dios y lo encuentra. Se explica, por tanto, que desde el inicio de su pontificado, Dios y la verdad ocuparan el centro de su magisterio. Las encíclicas sobre las virtudes cardinales son el signo más elocuente de que situar a Dios en el centro del debate intelectual es el mejor servicio que puede hacerse al

hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, y llamado, por tanto, a reflejar en sí mismo su condición divina. Y, siendo un servicio al hombre, es también servicio a la sociedad.

De diferentes maneras y en diversos ámbitos – eclesiales, políticos, universitarios y sociales –, Benedicto XVI, en cuanto cooperador de la Verdad y Vicario de Cristo, no ha cesado en su vocación de sentirse portador de la verdad que salva. Una verdad que ha sabido proponer sin imposiciones, en la apertura al debate intelectual, en el respeto a posiciones distintas a la de la fe católica, y en la humildad que define a quien se siente portador, y no dueño, de la verdad que le precede y le sustenta. Esto sólo puede hacerse desde la humildad propia del profeta y con la sabiduría del «maestro» que, en la línea de los Santos Padres y doctores de la iglesia, se sabe sometido, en la fe y en la adoración, a quien ha sido enviado para transmitir el *logos* de Dios que nos conduce a él. ¡Qué bien podemos aplicar al Papa Benedicto las palabras del profeta Daniell: «Los sabios brillarán como el fulgor del firmamento, y los que enseñaron a muchos la justicia, como las estrellas, por toda la eternidad» (Dn 12,3).

Como todos los papas, también Benedicto ha gustado el cáliz de Cristo. El ministerio de Pedro no le ha ahorrado al papa Benedicto lo que es inherente a él: Ser testigo de la pasión de Cristo y convertirse en modelo del rebaño por las virtudes propias del Hijo de Dios, que hemos visto reflejadas en su persona. Su abandono a la Providencia, su convicción de que Dios guía a la iglesia, las decisiones tomadas para purificar a la iglesia en sus ministros y en sus miembros, y su renuncia a la sede de Pedro al reconocerse incapaz para el gobierno, solo se explican desde su convicción de que la Iglesia solo tiene un Señor, a quien todos los demás, también el Papa, servimos. El rebaño, dice la

primera carta de Pedro, es de Dios que lo pone a nuestro cargo. Pero la primacía de Dios es absoluta, y solo quien lo entiende puede gobernar como siervo y no como déspota. Aquí estriba el fundamento de la santidad y heroicidad de las virtudes que, sin prejuzgar el juicio de la iglesia, podemos decir que hemos visto en Benedicto XVI. Así lo ha reconocido públicamente el papa Francisco.

En su testamento espiritual nos ha dejado un mensaje sencillo y claro que proviene de las cartas apostólicas y del mismo Señor Jesús: «Lo digo ahora a todos los que en la Iglesia han sido confiados a mi servicio. ¡Manténganse firmes en la fe! ¡No se dejen confundir! [...] Jesucristo es verdaderamente el Camino, la Verdad y la vida, y la Iglesia, con todas sus insuficiencias, es verdaderamente su cuerpo». Jesús encomendó a Pedro confirmar a sus hermanos en la fe. Esto es lo propio del sucesor de Pedro, lo carismático de su servicio a Cristo como Vicario suyo. Es un carisma que solo puede entenderse, como el resto de los carismas, desde la caridad, el amor a Dios y a los hombres. Cuando Jesús resucitado, junto al mar de Galilea, pregunta por tres veces sucesivas a Pedro si le ama, lo hace para que entienda que su oficio de gobernar la iglesia, de confirmar a sus hermanos en la verdadera fe, sólo podrá realizarlo desde el amor a su persona, ese amor que el Papa Benedicto profesó en su «Jesús, te quiero» antes de morir. Ahora, pedimos a Dios que quien fue elegido para ser testigo de la pasión de Cristo participe de la gloria que se le habrá revelado, cruzado el umbral de la muerte, y reciba la corona inmarcesible que Dios reserva a los santos pastores.

Amado papa Benedicto. Del mismo modo que tú has dado gracias a cuantos te han ayudado a peregrinar hacia Dios, nosotros le damos gracias por ti, porque a través de la belleza y esplendor de la verdad has iluminado a la iglesia y nos has guiado siempre hacia Cristo, el Buen Pastor. A este

Cristo, a quien tú llamas hermano y amigo, te confiamos como un fruto de la viña del Señor en la que has trabajado humildemente, con la gozosa certeza de que, como el grano de trigo que se sepulta en la tierra, dará abundante cosecha de vida eterna. Que la Virgen María, Reina de todos los santos, a quien amaste con ternura desde niño, te acoja en la gloria y te presente limpio de toda mancha a quien vive para siempre, Jesucristo, el Señor. Amén.

SIERVA DE DIOS ISABEL LA CATÓLICA

Homilía en la misa funeral por la sierva de Dios,
Isabel la Católica, Reina de Castilla

(Parroquia de san Miguel, Segovia, 25 de febrero de 2023)

La memoria de la sierva de Dios, Isabel la Católica, reina de Castilla, nos congrega hoy en esta iglesia que ha quedado unida para siempre a su nombre. Ofrecemos la eucaristía, no para rendirle culto público, sino para orar por ella suplicando al Señor que la tenga en su gloria. El sacrificio de Cristo, ofrecido por vivos y difuntos, es el mejor don que la Iglesia posee para interceder ante Dios por las almas de quienes nos han precedido en la fe católica y en el ejercicio de las virtudes cristianas. Hoy lo hacemos con la alegría de poder rendir homenaje a quien ha sido reconocida por la Iglesia como Sierva de Dios en el proceso de canonización abierto por la fama de la santidad que la rodeó en su vida y quedó ratificada en su cristiana muerte. El busto que colocaremos a la entrada de la Iglesia al concluir esta eucaristía acrecentará su memoria en esta ciudad que fue testigo de su proclamación como reina de Castilla. Y

pediremos al Señor que nos conceda la gracia de verla cuanto antes en los altares. Agradezco, por tanto, al Gran Maestre y al Capítulo de Nobles Caballeros y Damas de la Reina Isabel la Católica por esta iniciativa y a la parroquia de san Miguel por acogerla con generosidad y entusiasmo. Quiero saludar también de modo especial al vicepostulador de la causa de canonización, el Rvdo. José Luis Rubio Willen, del presbiterio de Valladolid, y agradecerle su presencia y los trabajos realizados hasta el presente.

Cuando un cristiano muere con fama de santidad quiere decir que su vida se ha ajustado, en la medida de sus capacidades y a pesar de límites, a la voluntad de Dios que es la única fuente de la santidad. «Sed santos – dice la ley levítica del judaísmo – porque yo, vuestro Dios, soy santo». Y Jesús utiliza esta misma fórmula para decirnos en el sermón de la montaña: «Sed perfectos porque vuestro Padre celestial es perfecto». La santidad es posible para el cristiano porque, gracias al bautismo, ha sido hecho hijo de Dios y participa de la santidad de Dios Padre. La llamada a la santidad es, pues, consecuencia de la filiación adoptiva que recibimos en el bautismo. No es una meta ética externa al cristiano, sino la consecuencia natural de su condición de hijo de Dios.

Al abrirse un proceso de canonización es necesaria la fama de santidad, pues el pueblo cristiano, dotado del sentido sobrenatural de la fe, discierne claramente si un miembro de la iglesia ha realizado en sí mismo, con la ayuda de la gracia, la voluntad de Dios. Mientras la Iglesia no diga su última palabra sobre la santidad de una persona, pide que recemos por ella para que goce de la presencia de Dios y nos conceda, mediante la súplica personal y privada, nunca el culto público, las gracias que necesitamos para nuestro bienestar material y espiritual.

¿Cuáles son las razones que explican la fama de santidad? En primer lugar, el ejercicio de las virtudes teologales – fe,

esperanza y caridad — que nos unen directamente a Dios y nos ayudan a vivir en la amistad con Dios. Los testimonios y los serios estudios sobre la sierva de Dios Isabel la Católica, la describen como una mujer que, tanto en la vida privada como en la pública, vivió estas virtudes con intensidad, profunda devoción y entrega a la misión para la que Dios la había destinado: el gobierno de su pueblo. En las difíciles y arduas decisiones que debió tomar como reina, se apoyó no solo en sus dotes de gobierno, sino en su cultivada formación religiosa, en la lectura de los evangelios, en la escucha de sus confesores y en la rectitud de su conciencia moral que puso a Dios por encima de intereses políticos y mundanos. Vivió lo que se ha llamado por expertos en su vida un «catolicismo integrador», que no deja ningún aspecto de la vida personal y pública fuera del ámbito de la fe y que conforma la personalidad desde el reconocimiento de la soberanía de Dios.

Desde la fe vivió, además, el celo por la salvación de los hombres creados a imagen de Dios. Cuando intuyó que se acercaba el fin de su vida, se preparó para el encuentro con Dios y pidió que se celebraran muchas misas y se dieran limosnas a los pobres por la salvación de su alma, así como ayudas a iglesias y monasterios pobres para el culto divino. La caridad de la reina católica se hizo célebre, no solo por su vida austera alejada del lujo y ostentación, sino por las disposiciones y leyes que inspiraron especialmente la evangelización de América y el modo como debían ser tratados los pueblos indígenas en cuanto hijos de Dios llamados a un destino trascendente. Cristianizar fue un empeño que formaba parte de su visión política y de su responsabilidad como reina. Lo que los papas de los últimos tiempos, desde Pío XI, han definido como «caridad política» impregnó su vida personal y el ejercicio de su responsabilidad pública. La política, en cuanto servicio al

bien común de cada persona y de la sociedad, no puede ejercerse sin la práctica de la caridad que es fuente y término de las demás virtudes, también de la justicia, como ha explicado Benedicto XVI en *Deus Caritas est*. Recordemos el aforismo latino: *Summum ius summa iniuria*.

En una época como la nuestra, en la que hablamos de nueva evangelización — con nuevo lenguaje, nuevo ardor y nuevos métodos —, la reina Isabel es un ejemplo de empeño evangelizador, creador de cultura conformada por los valores evangélicos que dio lugar en su tiempo, con ayuda de las órdenes religiosas, a la creación de universidades, hospitales, conventos y escuelas de artes y oficios en beneficio de los pueblos indígenas. Todo esto respondía a la profunda convicción de que los hombres y mujeres de toda raza y cultura poseen los mismos derechos naturales que deben ser reconocidos para garantizar la equidad y la justicia como fundamentos del bien común. Esta reconocida grandiosa tarea de la reina Isabel hizo que por vez primera se diera en Europa el reconocimiento de los derechos naturales. Al defender la dignidad de los pueblos indígenas, se anticipó en alguna década a la formulación del derecho de indios de Francisco de Vitoria y Domingo de Soto de la escuela de Salamanca.

Esta forma de entender la caridad política se fundaba, como ya he dicho, en una piedad sólida, sobre todo en la devoción eucarística. Muchas de sus decisiones se tomaron junto al altar de Guadalupe, en la celda que ella llamaba “mi paraíso”, donde dedicaba mucho tiempo a la oración, como atestiguan también las monjas cuyos monasterios visitaba. Su figura de mujer orante, de rodillas junto al Sagrario, le llevó incluso a organizar su vida con la regularidad de una religiosa que sitúa a Dios en el centro de su vida. La devoción a los santos, como santa María Magdalena, san Gabriel y san Miguel, al que considera como «excelente

príncipe de la Iglesia y de las milicias angélicas», y a san Francisco, «patriarca de los pobres», le ayudó a modelar su personalidad bajo la impronta de la heroicidad de las virtudes.

La mediación de la Iglesia en el desarrollo de la personalidad cristiana hizo posible que sus dones naturales, como la inteligencia y energía que la distinguían, se consolidaran con ayuda de personas que la formaron en la verdadera piedad y en el anhelo de la santidad. Como todo ser humano, también ella cometió errores y acudió al sacramento del perdón, tuvo que dominar su carácter, luchar contra sus defectos y fomentar sus cualidades. No le faltaron a la reina eminentes y ejemplares maestros, como santa Beatriz de Silva y el cardenal Cisneros, confesor y prudente consejero.

En el texto que hemos leído como primera lectura, el autor del Apocalipsis dice: «¡Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor! Sí, ¡dice el Espíritu, que descansen de sus fatigas porque sus obras los acompañan!» (Apc 14,13). No hay duda de que la muerte fue para ella un descanso de sus fatigas y empeños de gobierno. En su vida sufrió el dolor de la muerte de unos seres queridos y el triste destino de otros, que sobrellevó con resignación y aceptación de la cruz. Pero sus obras la acompañaron en su tránsito a Dios, especialmente el amor a su reino y a sus súbditos. El pueblo entendió que su reina vivía como cristiana y que la fe era su sólido fundamento.

En el evangelio, hemos escuchado los consejos de Jesús para la vida y la muerte, oportunos en este tiempo de Cuaresma. Debemos vivir con la cintura ceñida y las lámparas encendidas. Solo así, cuando llegue el Señor, nos encontrará preparados para ir a la mesa donde él mismo nos servirá. Precioso texto evangélico en el que todos somos llamados «criados», porque sólo Dios es Señor. Reyes y súbditos, ricos y pobres, sabios e iletrados somos

igualados por la muerte. La sierva de Dios entendió esto como norma de su vida y como preparación para su muerte, cuyo testamento, firmado tres días antes de morir, no solo constituye una profunda y completa profesión de fe, sino también la conciencia de que «debemos vivir y estar preparados como si en cualquier momento hubiésemos de morir», pues «si es cierto que hemos de morir, es incierto cuándo y dónde moriremos».

En su testamento hace constar que el «estrecho examen» con que Dios juzgará al fin de la vida «y más terrible contra los poderosos», le ayudó a vivir de manera digna de su condición de cristiana y de reina. Amparada en la intercesión de la Virgen y de los santos de su devoción, plasmó en su testamento lo que había sido norma de su vivir: caridad con los pobres, sencillez y humildad en sus exequias y enterramiento, y la celebración de las misas que debían celebrarse, no solo por ella, sino por cuantos la habían servido en su reinado.

Sabía que el Señor era justo y misericordioso y que, a pesar de sus pecados y debilidades, contaba con la intercesión de los santos. Como hija de la iglesia vivió la comunión de los santos con la conciencia de que no le faltaría nunca la ayuda necesaria en el momento de entregar su alma a Dios. Al encomendarla ahora en esta eucaristía, damos gracias a Dios por su testimonio de fe y vida cristiana y pedimos a Dios que su ejemplo sea ratificado por la Iglesia y pueda ser presentada como testimonio de «caridad política» de quienes son capaces de olvidarse de sí mismos y servir con humildad a su pueblo.

ESCRITOS PASTORALES

NADIE PUEDE SALVARSE SOLO

El mensaje del Papa Francisco para la Jornada Mundial de la Paz del 1 de enero subraya algo esencial de la condición humana: su solidaridad. El hombre es un ser social por naturaleza y necesita de los demás para lograr su madurez integral en todos los aspectos de la vida. La salvación cristiana también se ha realizado solidariamente al asumir el Hijo de Dios nuestra naturaleza humana para entregar su vida por los hombres: nadie se salva solo, sino en la comunión con Cristo, cabeza de la humanidad renovada.

El Papa Francisco pide a la Iglesia y al mundo entero iniciar una etapa nueva, marcada por la experiencia del COVID-19 y por la guerra en Ucrania. Ambas situaciones han puesto de relieve la vulnerabilidad del hombre y la arrogancia de las pretensiones materialistas basadas solo en la técnica, la economía y el progreso que no tiene en cuenta la vocación del hombre a la trascendencia. La pandemia ha traído consigo mucha desesperanza, inseguridad, sensación de fracaso ante la búsqueda de la vacuna eficaz, pérdida del sentido de la vida, mayor pobreza entre los más necesitados y profundos sentimientos de derrota y amargura. «La pandemia – dice Francisco – parece haber sacudido las zonas más pacíficas de nuestro mundo, haciendo aflorar innumerables carencias» (*Mensaje*, 2).

Junto a estos aspectos negativos, la pandemia nos deja también como herencia «la conciencia de que todos nos necesitamos; de que nuestro mayor tesoro, aunque también el más frágil, es la fraternidad humana, fundada en nuestra filiación divina común y en que nadie puede salvarse solo» (*Mensaje*, 3). Acrecentemos, por tanto,

nuestra común pertenencia a una sola humanidad donde caben discriminaciones debido a lenguas, culturas, credos y otras barreras que los hombres levantan para protegerse de los demás en un descarnado egoísmo.

La guerra en Ucrania ha puesto de relieve, dice el Papa, que no solo existe la pandemia del COVID-19 sino otra más peligrosa «impulsada por decisiones humanas reprobables» (*Mensaje*, 4), que afectan «de forma generalizada e indiscriminada a todo el mundo» con efectos colaterales como, por ejemplo, la escasez de trigo y los precios de combustible. El cinismo de quienes hablan de negociaciones de paz mientras insisten con odio pertinaz en sembrar la muerte, la destrucción y desolación entre gentes inocentes no tiene límites. En la Jornada Mundial de la Paz, Francisco pone en paralelo el virus del COVID-19 y el virus de la guerra contra el cual no se ha encontrado aún una «vacuna» eficaz. La guerra en Ucrania, y las de otros conflictos en el planeta, «representa una derrota para la humanidad en su conjunto y no solo para las partes implicadas [...] el virus de la guerra es más difícil de vencer que los que afectan al organismo, porque no procede del exterior, sino del interior del corazón del hombre, corrompido por el pecado» (*Mensaje*, 5).

Necesitamos con urgencia recuperar la conciencia de la fraternidad universal y la necesidad de conversión al Dios de la vida que nos pide cuenta de la sangre inocente derramada, como pidió cuenta a Caín de la de su hermano. El tiempo de Navidad, y en especial la Jornada de la Paz, nos recuerda que el Hijo de Dios ha derrotado, con su encarnación, todo tipo de particularismos egoístas que nos enfrentan a los demás. Los retos de nuestro mundo solo pueden hallar solución en la responsabilidad y compasión hacia todos, en el cuidado de los demás como miembros de la única familia humana, en la lucha contra las ideologías

que cultivan el odio, el rechazo de los diferentes y, en último término, el egoísmo de quien piensa que puede salvarse solo al margen del destino de los demás.

Segovia, enero 2023

+ César Franco
Obispo de Segovia.

LA UNCIÓN DE JESÚS

Una de las descripciones más primitivas de la misión de Jesús es la conservada en el *Libro de los Hechos*, concretamente en el discurso de Pedro en casa del centurión Cornelio, un pagano temeroso de Dios. Al proclamar el Evangelio a Cornelio y su familia, Pedro lo resume así: «Vosotros conocéis lo que sucedió en toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que predicó Juan. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (Hch 10,37-38). En este pasaje, se habla de la unción de Jesús, después del bautismo que predicó Juan. ¿A qué unción se refiere? Sin duda, se trata de la unción de su bautismo en el Jordán, cuando el Espíritu descendió sobre Jesús y se oyó la voz del Padre declarando que era su Hijo muy amado. Jesús fue «ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo». Su bautismo, que sin duda fue un gesto de humildad al unirse a la fila de los pecadores que querían hacer penitencia, manifestó su identidad de Hijo de Dios. Se entiende así, que la fiesta del Bautismo de Jesús sea como un colofón de las fiestas navideñas. Muchas cosas se han dicho de Jesús en estos días: ángeles y pastores, Simeón y Ana, los magos de Oriente han confesado quién es el niño nacido en Belén.

Faltaba, sin embargo, la voz más autorizada, la del Padre, que se reserva hablar hasta el momento en que Jesús realiza su presencia en los pecadores, solidarizado con ellos en orden a la salvación. Y lo hace con estas palabras: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco». San Mateo comenta: «Se abrieron los cielos y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba con él» (Mt 3,16). El cuarto Evangelio no narra directamente el bautismo de Jesús, pero el Bautista dice lo que ocurrió: «He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y permaneció sobre él» (Jn 1,32).

Quizás el lector se pregunte sobre la razón de esta unción: ¿Acaso como Hijo de Dios necesitaba ser ungido? ¿No era suficiente su unión con el Padre y el Espíritu para que realizara su misión de modo perfecto? Ciertamente Jesús, en cuanto Hijo de Dios encarnado, es santo como el Padre y el Hijo. No hay que olvidar, sin embargo, que al asumir nuestra naturaleza humana, es también hombre que recibe la misión descrita en el texto citado de los *Hechos*: «Pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él». Podemos decir que la unción del bautismo es una especie de investidura pública en la que se despeja cualquier duda sobre la identidad del profeta de Nazaret. Por otra parte, en cuanto partícipe de la naturaleza humana, es ungido con el poder del Espíritu para que su carne sea canal de la gracia y de la misericordia en su relación con los que somos carne y sangre, es decir, mortales. Esta solidaridad con los que venía a salvar de su pecado y mortalidad se hace patente en la unción del Espíritu que le capacita, en cuanto hombre, para luchar contra el diablo y arrancarle el poder de la muerte que ostentaba desde la caída de nuestros primeros padres. En cuanto nuevo Adán y hombre nuevo perfecto, Jesús es ungido y consagrado para la misión descrita ya en su

nombre de Jesús: salvar al hombre del pecado, recrearlo y restaurar su santidad original. En la iconografía oriental, la representación de este misterio se hace como si Jesús estuviera colocado en el sepulcro simbolizado por las aguas oscuras del Jordán, que simbolizan la muerte. Su bautismo prefigura su muerte, porque a través de ella, nos redime de la nuestra. Con su naturaleza humana ha ocupado nuestro lugar para que nosotros tomemos posesión de su reino.

Segovia, enero 20213

+ César Franco
Obispo de Segovia

EL CORDERO DE DIOS

Concluido el tiempo de Navidad, la Iglesia comienza el Tiempo Ordinario, que es el ciclo litúrgico más largo del año. Se interrumpe cuando celebramos la Cuaresma, la Semana Santa y el tiempo Pascual, y se retoma después hasta el fin del año litúrgico con la fiesta de Cristo Rey. Este tiempo se centra en el ministerio público de Jesús, en su predicación y milagros, que son el signo del Reino de Dios. En este domingo Juan Bautista presenta a Jesús como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Una imagen que dice poco a quienes desconocen el simbolismo que el cordero tiene en la Biblia y la historia nómada del pueblo de Israel. Incluso si preguntamos a quienes participan en la Eucaristía sobre las palabras que dice el sacerdote antes de repartir la comunión al pueblo – «este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» – seguramente muchos no sabrían qué responder.

Sabemos que en la fiesta de Pascua los judíos sacrificaban un cordero, como recuerdo de la salida de Egipto, cuando,

por orden de Moisés, los israelitas inmolaban un cordero con cuya sangre marcaban los dinteles de sus puertas. De esta manera, cuando pasaba el ángel exterminador, respetaba la casa de los judíos sin matar a los primogénitos judíos. La sangre del cordero se convirtió en un signo de liberación y salvación. También se ofrecían corderos en el templo de Jerusalén como sacrificios de paz y de expiación. El cordero, por tanto, adquirió un simbolismo de redención y de ofrenda por el pecado.

Hay una escena en la Biblia que ayuda a entender aún mejor el significado del título dado a Jesús como «Cordero de Dios». Me refiero a la historia de Abrahán, a quien Dios le pide que le ofrezca en sacrificio a su hijo Isaac. Cuando Abrahán e Isaac van de camino hacia el monte del sacrificio, el hijo, extrañado porque llevan la leña y el fuego para la inmolación, pregunta a su padre: «¿dónde está el cordero para el sacrificio?». Su padre le contesta escuetamente: Dios proveerá. Y así fue: en el momento dramático en que se dispone a ofrecer a su propio hijo, un ángel le detiene y le muestra un cordero enredado en la maleza, que se convirtió en la ofrenda sacrificial.

En la tradición cristiana, ese cordero se ha presentado como figura o tipo de Jesús, el único que puede ofrecer a Dios el sacrificio perfecto, como dice la carta a los Hebreos en relación con los sacrificios del templo de Jerusalén que eran incapaces de perdonar los pecados del pueblo. Solo la entrega de Jesús por amor a Dios y a los hombres puede reconciliarnos con Dios de modo perfecto y reparar el pecado del mundo, que alcanza a todos los hombres. Por eso, Juan Bautista no dice que Jesús quita «los pecados del mundo», sino «el pecado del mundo».

Cuando Jesús celebró la cena pascual con sus discípulos, según el rito establecido, comió con ellos el cordero pascual, sacrificado la víspera de la fiesta y recordaría la historia

de la liberación de Egipto. Según los estudiosos, además de esto, utilizaría el símbolo del cordero para hablar de sí mismo y de su entrega en la cruz, que, como es evidente, no era un rito litúrgico. Pero esta interpretación de Jesús, como la que hizo del pan y del vino de pascua, quedó grabada en la memoria de los apóstoles como algo esencial a la eucaristía instituida por él. Y, después de la resurrección, comprendieron todo el simbolismo que comportaba la imagen del cordero aplicada a Jesús. De ahí que san Pablo, escribiendo a los Corintios, les recuerda la fiesta de pascua que habían celebrado recientemente y dice: «ha sido inmolado nuestro cordero pascual, Cristo» (1 Cor 5,7). Es evidente que los primeros cristianos confesaban con este título el gran misterio del que quita el pecado del mundo.

Segovia, enero 2023

+ César Franco
Obispo de Segovia

EN ÉL ESTABA LA VIDA

Gracias al «*motu proprio*» *Aperuit illis* del papa Francisco celebramos hoy el domingo de la Palabra de Dios para reflexionar sobre su valor para la vida. Al oír hablar de la Palabra de Dios pensamos de inmediato en los escritos de la Biblia. Son los libros que la Iglesia tiene como revelación de Dios. Pero la Palabra de Dios por excelencia, la que sustenta estos libros, es Jesucristo, Hijo de Dios y Verbo eterno, que, al venir a nosotros nos ha revelado el misterio de Dios y el destino de los hombres redimidos por él. Todas las Escrituras hablan de Cristo y nos remiten a él. Ya en el Antiguo Testamento tenemos de modo latente la revelación que el Nuevo hace patente.

En el prólogo de san Juan se dice que en el Verbo «estaba la vida y la vida era la luz de los hombres» (Jn 1,4). No se puede decir más con tan pocas palabras. Las lecturas de este domingo, para explicar esta verdad, presentan poéticamente el comienzo de la predicación de Jesús con la imagen de la luz que ha brillado en las tinieblas: «El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte una luz les brilló» (Mt 4,16). La predicación de Jesús, su llamada a la conversión y la elección de los primeros apóstoles es presentado como una luz que brilla entre quienes habitan en tierra y sombras de muerte. Estas palabras recogen casi exactamente la profecía de Isaías que anuncia la llegada del Mesías con la imagen de la luz, la luz de la que Juan habla en su prólogo. Llama la atención el hecho de que esta luz viene a iluminar no sólo al pueblo de Israel, sino a los pueblos paganos, lo que Isaías y Mateo llaman «la Galilea de los gentiles». Es una forma de decir que la luz de Cristo es una luz para todos los pueblos de la tierra, por la sencilla razón de que todo hombre que viene a este mundo habita en tierra y sombra de muerte. Todos sin excepción nacemos para morir. Pero ese paso de la cuna a la sepultura ha sido definitivamente iluminado por la luz de Cristo. Como dice el salmo 26, «el Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?».

La muerte es el gran enigma de la condición humana que Jesús ha esclarecido con su palabra, vida, muerte y resurrección. Las Escrituras son el testimonio de esta verdad que ilumina. Se explica, por tanto, que la Palabra de Dios contenida en las Escrituras sea el alimento del cristiano y el mayor tesoro de su patrimonio espiritual. La victoria de Cristo sobre la muerte recorre la Escritura desde el principio del Génesis, con el anuncio de la mujer y su descendencia que aplastará la cabeza de la serpiente mentirosa, hasta el

Apocalipsis, cuando el vidente contempla que la muerte ha sido arrojada al lago de fuego (cf. Apc 20,14).

Atisbando la muerte, E. Ionesco escribía hace ya 30 años una tercera de ABC titulada «Dios mío, haz que crea en ti». Expresaba con fuerte dramatismo el camino del hombre hacia la muerte, el deterioro y el envejecimiento de quien «viene a la tierra para vivir» y sabe también que «se viene para debilitarse y morir». Habla de los esfuerzos de la medicina moderna y de la gerontología por «restaurar al hombre en su integridad, en su inmortalidad como la divinidad». Y reconoce que no ha podido hacerlo, no tiene capacidad para ello. Su reflexión termina en una sencilla confesión que es al mismo tiempo filosófica y espiritual: «Creo en Dios a pesar de todo, porque creo en el mal. Si hay mal, hay también Dios». Otros escritores, ante la existencia del mal, han negado a Dios. Ionesco afirma a Dios ante la evidencia del mal que, en último término, ha sido vencido gracias a que en el Verbo estaba la vida y la vida era la luz de los hombres.

Segovia, enero 2023

+ César Franco
Obispo de Segovia

EL RESTO DE ISRAEL

Muchos cristianos se preguntan por el futuro de la Iglesia a la vista de la disminución de quienes participan en la vida de la Iglesia, de la escasez de sacerdotes y de la creciente secularización. El abandono de la fe de las nuevas generaciones, al menos en Europa, les hace pensar que la Iglesia remontará difícilmente esta crisis. Las lecturas de este domingo responden, en cierta medida, a estas inquietudes.

El profeta Sofonías, llamado también profeta de los pobres de Yahvé, mira al futuro y dice: «Dejaré en medio de

ti un pueblo pobre y humilde, que confiará en el nombre del Señor». Y califica a este pueblo con la expresión «el resto de Israel», que se refiere a aquellos judíos fieles que, a pesar de las dificultades, confiarán en Dios y en el futuro del pueblo elegido. El motivo de esta confianza es que Dios no puede fallar en sus promesas. También Jesús dice a sus discípulos que estará con ellos hasta el fin de los días, lo que indica que la iglesia está llamada a permanecer en la historia humana.

El Papa Benedicto XVI, de feliz memoria, decía antes incluso de ser obispo, en 1968, que «cuando Dios haya desaparecido totalmente para los seres humanos, experimentarán su absoluta y horrible pobreza. Y entonces descubrirán la pequeña comunidad de los creyentes como algo totalmente nuevo». Es una descripción exacta del significado del «resto de Israel», pueblo pobre y humilde del que Dios hace brotar la renovación y la salvación para la humanidad.

En la descripción que hace san Pablo de la comunidad cristiana de Corinto, utiliza la ironía para presentarla con esta paradoja: «Lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios, lo débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar lo poderoso» (1 Cor 1,27). También aquí tenemos como trasfondo la teología del «resto de Israel». Por eso dice el apóstol que en la comunidad cristiana no hay sabios en lo humano, aristócratas ni muchos poderosos. Esta afirmación hay que entenderla bien, porque desde el comienzo del cristianismo en la Iglesia ha habido de todas las clases sociales y cristianos de toda condición. Quiere decir que Dios no ha puesto el fundamento de la iglesia en el poder, la sabiduría humana y el prestigio social, de modo que nadie se gloríe en sí mismo, «sino en el Señor» (1 Cor 1,31). El fundamento de la Iglesia es Cristo, que se ha hecho para nosotros «sabiduría de parte de Dios, justicia, santificación y redención» (1 Cor 1,30).

Para que no quede ninguna duda de lo que queremos decir, el Evangelio de este domingo proclama las bienaventuranzas de san Mateo, carta magna de la Iglesia. En ellas, Jesús ofrece el retrato de quienes están llamados a ser el pueblo pobre y humilde que durará hasta el fin de los tiempos. Los bienaventurados reflejan el rostro más auténtico del pequeño rebaño que Jesús se escoge como Pastor. Hemos de reconocer que practicar las bienaventuranzas no es nada fácil porque supone ir a contracorriente del pensamiento mundano, en cualquiera de sus manifestaciones a lo largo de la historia. Mientras en el mundo haya hombres y mujeres que acojan las bienaventuranzas y las practiquen con la misma alegría que Cristo las proclamó, la Iglesia, aunque sea un pequeño rebaño, no sólo pervivirá, sino que, como suele ocurrir con los troncos de árboles milenarios, la savia que contienen hará brotar nuevos retoños que anuncien la primavera. No en vano, del viejo tronco de Jesús, de donde había surgido el gran rey David, brotó un renuevo que llevó a su máximo esplendor la dinastía davídica: el Mesías Jesús, el bienaventurado por excelencia, que asegura a su Iglesia la permanencia en la historia para que los hombres participen de la salvación.

Segovia, enero 2023

+ César Franco
Obispo de Segovia

LA MISIÓN DEL CRISTIANO

En el Evangelio de este domingo Jesús define la misión del cristiano con imágenes muy expresivas y significativas: sal de la tierra, luz del mundo y ciudad edificada sobre un monte. Es claro que no se trata de un protagonismo

narcisista lo que propone Jesús a sus discípulos, pues la finalidad de vivir así es que, «los hombres vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos». La vida del cristiano debe remitir siempre a Dios.

En realidad, todo se reduce a hacer buenas obras, porque el cristianismo no es una hermosa teoría sobre el amor, sino su práctica. Por eso, en la lectura de Isaías de hoy, se dice: «Cuando alejes de ti la opresión, el dedo acusador y la calumnia, cuando ofrezcas al hambriento de lo tuyo y sacies al alma afligida, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad como el mediodía» (Is 58,9-10). La práctica del amor es la luz que ilumina al mundo y la sal que lo vivifica.

La reducción del cristianismo a una teoría, por hermosa que sea, es lo más grave que puede suceder a quien lo profesa. La fe que no cristaliza en obras es una fe muerta. Desde el comienzo del cristianismo, tanto Jesús como sus apóstoles han entendido que la caridad es la esencia, no solo de Dios, sino de la iglesia fundada por Cristo. En el texto de san Pablo, que leemos hoy en la liturgia, el apóstol dice que su predicación no fue «con persuasiva sabiduría humana» ni «con sublime elocuencia», como hacían los oradores de su tiempo. San Pablo no quería poner como fundamento de la fe la sabiduría humana, sino el poder de Dios que, paradójicamente, se ha revelado en Cristo y éste crucificado. La imagen de Cristo crucificado lo dice todo, porque es, como decía san Ignacio de Antioquía el «amor crucificado», es decir, el amor llevado a su máxima expresión. La dramática separación que, según el Concilio Vaticano II, se viene realizando desde la Ilustración hasta nuestros días entre la fe y la vida, que discurren como vías paralelas, ha desvirtuado la fe y ha banalizado la vida. Lo expresa muy bien el dicho: una cosa es predicar y otra dar trigo. Si la fe no se encarna en la vida y la configura en todos sus aspectos, es como la sal que solo sirve para tirarla

y que la pise la gente. Una fe que no sirva para vivir en plenitud nuestra condición humana, a imagen del Creador, es una fe inservible, muerta.

Cuando hoy se afirma que la presencia pública de los cristianos en la vida social, cultural y política es nula, estamos constatando que la fe se ha convertido en un objeto de estética litúrgica. Y Dios no quiere un culto vacío, sin implicación en la vida real. Por eso, el profeta Isaías, en el texto citado anteriormente, afirma que el culto que Dios desea es «desatar las correas del yugo, liberar a los oprimidos, partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techos, cubrir al que ves desnudo». ¿Nos suenan estas imágenes? Son muy parecidas a las que pronuncia Jesús cuando habla del juicio que Dios realizará al fin de la historia. Vivir así es poner la luz sobre el candelero, sin esconderlo bajo el celemín. «Entonces -dice el profeta- surgirá tu luz como la aurora».

Cuando los que no aman a la Iglesia pretenden recluirla en la sacristía sin influencia en la vida pública, saben muy bien que es el modo de apagar la luz, desnaturalizar la sal y lograr que arruinar la ciudad edificada sobre el monte. Los ataques más eficaces contra el cristianismo no han sucedido con la muerte de los mártires, sino en los intentos racionalistas que, desde el primer gnosticismo hasta sus nuevas manifestaciones, han pretendido convertir la fe cristiana en puro subjetivismo piadoso desconectado de la vida real, en la que el hombre se juega su destino.

Segovia, febrero 2023

+ César Franco
Obispo de Segovia

FRENAR LA DESIGUALDAD ESTÁ EN TUS MANOS

Jornada de Manos Unidas

La Iglesia en España celebra hoy la Jornada de Manos Unidas con el lema que titula este comentario. Lo que parece un slogan sociológico tiene un trasfondo teológico que recuerda los textos bíblicos de este domingo. En tu mano está, dice el libro del Eclesiástico, escoger la muerte o la vida, cumplir los mandamientos o quebrantarlos. El hombre es libre para elegir su destino. El escritor sagrado nos advierte, sin embargo, que Dios lo ve todo y no deja impune el mal que hace el hombre. San Pablo afirma, por su parte, que hay una sabiduría divina, desconocida para los príncipes de este mundo, que gobiernan arbitrariamente y que, por ignorarla, crucificaron al Señor de la gloria. Y Jesús, en el pasaje del sermón de la montaña, pide a sus discípulos que practiquen una justicia que va más allá del cumplimiento de los mandamientos tal como los promulgó Moisés. La justicia de la que habla Jesús no se queda en la letra de la ley, sino que apunta a la plenitud de la caridad, sin la cual la justicia sería impracticable.

Las enormes desigualdades entre los seres humanos en lo que afecta a sus derechos inalienables es ciertamente un problema de justicia social que nos hace a todos responsables del destino de nuestros hermanos. Los dones de la creación pertenecen a toda la humanidad y, como dice el lema de Manos Unidas, en nuestras manos está frenar la desigualdad que tiene su fundamento en la injusticia, en el egoísmo que no se compadece con la necesidad del prójimo. La mirada de Dios es distinta: lo ve todo, lo sondea todo y lo juzga todo. De ahí que sea necesario vivir según la voluntad de Dios y su sabiduría. «Dichoso el que con

vida intachable camina en la voluntad del Señor», dice el salmo 118. De esto se trata, de vivir en la justicia de Dios que supera la justicia de los hombres porque se nutre de su amor infinito.

En su encíclica *Deus caritas est*, Benedicto XVI ha reflexionado sobre la dialéctica entre justicia y caridad. Y ha hecho ver el error que supone desechar la caridad cuando se trata de realizar la justicia (cf. n° 26). La crítica que el marxismo hizo a la caridad de la iglesia, so pretexto de que era una forma de acallar la conciencia ante las injusticias sociales, suponía una concepción optimista del hombre que siempre se dejaría guiar por la verdad y la rectitud en sus decisiones y sería capaz, por tanto, de implantar la justicia en el mundo. Pero ese hombre no existe. El hombre es un ser caído que necesita la redención de sí mismo para actuar conforme a la verdad y a la justicia de Dios. La caridad es siempre necesaria para practicar la justicia. La Doctrina social de la Iglesia, que inspira a asociaciones como Manos Unidas, se mueve siempre en el equilibrio del «compromiso necesario por la justicia y el servicio de la caridad» (DCE 28). Solo un amor apasionado por el hombre es capaz de unir justicia y caridad sin dialécticas ni contradicciones. Esto es lo que Dios ha realizado en la cruz de Cristo: «Dios ama tanto al hombre que, haciéndose hombre él mismo, lo acompaña incluso en la muerte y, de este modo, reconcilia la justicia y el amor» (DCE 10). En manos del hombre está, ciertamente, frenar las desigualdades entre los seres humanos en la medida en que estemos dispuestos a trabajar por la justicia desde la caridad y entregar la vida por cada persona al estilo de Cristo.

La campaña anual de Manos Unidas es un aldabonazo a la conciencia para entender el valor de cada hombre por el que el Hijo de Dios ha querido dar su propia vida suprimiendo así la distancia que hay entre Dios y el hombre,

distancia que nos empeñamos en agrandar con las injustas desigualdades.

Segovia, febrero 2023

César Franco
+ Obispo de Segovia

¿ES POSIBLE SER SANTO?

Muchos cristianos han dejado de aspirar a la santidad porque les parece un camino arduo y difícil como si se tratara de subir al Himalaya. La meta de la santidad es más alta que la del Himalaya, y a este no todo el mundo sube. La idea que subyace en esta concepción de la santidad es que todo depende de uno mismo, de su voluntad y de sus recursos personales. Esto se llama *pelagianismo*, doctrina condenada por la Iglesia porque prescinde de la gracia de Cristo. Benedicto XVI ha dicho que los santos no se definen por las obras extraordinarias que han hecho (algunos sí, desde luego), sino por su apertura a la gracia de Dios, que les capacita para alcanzar la santidad. Y el Papa Francisco ha hablado de «los santos de la puerta de al lado» para indicar que podemos vivir junto a un santo y no habernos enterado.

¿Cuál es el fundamento de la santidad? En el pasaje del Evangelio de hoy, tomado del sermón de la montaña, Jesús comenta algunas prescripciones de la ley judía y termina con estas palabras: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,28). Si antes decíamos que el Himalaya es alto, es obvio que más alto que el Himalaya es la perfección de Dios. ¿Acaso el hombre puede asemejarse a él en el mismo grado? Jesús no quiere decir esto, evidentemente. Hay que tener en cuenta que está hablando a judíos, los

cuales conocían la ley de la santidad dada por Moisés, que hoy leemos en el Levítico: «Seréis santos porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo» (Lev 19,2). Si observamos bien, Jesús ha cambiado la palabra Dios por la de Padre, acercando así al hombre la imagen de Dios. Y, cuando habla de este Padre, dice que hace salir el sol sobre buenos y malos y manda la lluvia a justos e injustos. Aparte de este cambio hay otro que no debe pasar desapercibido. En el texto del Levítico se pide a los judíos que sean santos *porque* Dios lo es. Jesús no dice *porque*, sino *como*, lo cual dificulta más la comprensión de sus palabras. Pero es muy posible que Jesús, en su lengua materna, que es el arameo, utilizara también una partícula que tiene los dos significados – *porque* y *como* – y el traductor al griego no escogiera el adecuado. Jesús no dice que actuemos como el Padre hasta llegar a la imitación perfecta, sino que el *porqué* de nuestro obrar sea siempre mirar el comportamiento de Dios y recordar que, como hijos suyos, debemos caminar por su misma senda. Cuando uno admira a su padre es un orgullo ser como él. Y quizás esto es lo que falta a muchos cristianos: que no miran a Dios ni se reconocen de verdad hijos suyos. Entonces pretenden llegar a la santidad a fuerza de puños, y eso es misión imposible.

Cuando Santa Teresa de Jesús se preguntaba por la razón de no cumplir los propósitos que hacía, llegaba a la conclusión de que los hacía basada más en sus fuerzas que en la gracia de Dios. Gracias al bautismo, Dios nuestro Padre ha dejado impresa en nuestra naturaleza la posibilidad de agradecerle en todo, que es otra manera de definir la santidad. Hemos de contar más con su gracia que con nuestras fuerzas si queremos hacer esta hermosa tarea. Otra santa Teresa, la de Lisieux, se consideraba demasiado pequeña para subir la dura escalera de la perfección. Consciente de sus debilidades, imagina que el amor a Dios, o a Jesús,

es como un ascensor que nos eleva hasta la cumbre de la santidad sin tener que gastar tantos esfuerzos en intentos que sólo se fían de las propias fuerzas. Contemplar a Dios, mirar su perfección y reconocernos hijos suyos es el camino que muestra Jesús para llegar a ser como él. Basta que nos hagamos una simple pregunta cuando dudamos sobre lo que debemos hacer: ¿Cómo actuaría mi Padre en estas circunstancias concretas de mi vida?

Segovia, febrero 2023

+ César Franco
Obispo de Segovia

EL HOMBRE: SER EN PRUEBA

El tiempo de Cuaresma sitúa al cristiano ante la verdad de sí mismo como ser en prueba. Y lo hace recurriendo a los textos clásicos de la Biblia que revelan la vulnerabilidad interior del hombre que hemos dado en llamar tentación. La palabra tentación no resulta simpática a los oídos modernos. Denota algo negativo o que inevitablemente conduce al mal. La palabra prueba es más aséptica, menos moralizante, porque el hombre está sometido a prueba constantemente. ¿Quién no se prueba a sí mismo para ver hasta dónde puede llegar en la consecución de alguna meta?

Entrar en el desierto de la Cuaresma es tener la valentía de experimentar la prueba. Así salió Israel de Egipto, gozoso por la liberación, hasta que llegaron las pruebas y el gozo se convirtió en infidelidad. Desconfiaron de Dios y sucumbieron en la prueba, rebelándose contra él en el día de Massá y Meribá, palabras hebreas que significan *pruebas* y *contendas*. Al leer hoy las tentaciones de Jesús en el desierto, aprendemos dos cosas: la primera, que Jesús, en

cuanto hombre, experimentó la prueba; más aún la buscó él mismo como asceta del espíritu; la segunda, lo hizo para mostrarnos el camino de la verdad y ayudarnos a superar nuestras propias pruebas. Así lo dice la carta a los Hebreos: «Por el hecho de haber padecido sufriendo la tentación, puede auxiliar a los que son tentados» (Heb 2,18).

La lección de Jesús en el desierto se contrapone a lo que sucedió a Adán y Eva en el paraíso. Allí tenían todo tipo árboles frutales para comer y se encapricharon con el árbol prohibido. Jesús no tenía nada para comer y no usó su poder para alimentarse cuando el diablo le propone transformar las piedras en pan. Adán y Eva quieren ser como dioses, olvidando que, en cierta medida, ya lo eran. Jesús, sabiendo que es Hijo de Dios, rechaza la prueba de demostrarlo. En su desobediencia, Adán y Eva perdieron todo lo que tenían. Jesús, en su obediencia, fue servido por ángeles. Lo dice muy bien san Pablo: «Así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo, todos serán constituidos justos» (Rom 5,19).

La experiencia de sucumbir a la tentación está muy bien expresada en el texto del Génesis que narra el pecado de Adán y Eva. Después de comer el fruto prohibido, dice el texto que «entonces se les abrieron los ojos a los dos y descubrieron que estaban desnudos» (Gen 3,7). El hombre, que sucumbe ante lo «apetitoso, atrayente y deseable» del fruto prohibido descubre la mentira de la tentación en su propia desnudez. «¿Quién te informó de que estabas desnudo?», pregunta Dios a Adán cuando se esconde ante su presencia con la excusa de verse desnudo. ¡Magnífica descripción de la pérdida de la gracia! Así es el hombre, un ser desnudo, cuando sucumbe a la prueba.

Cuando terminan las tentaciones de Jesús, dice el Evangelio que «entonces lo dejó el diablo, y he aquí que se

acercaron los ángeles y lo servían». No se debe interpretar literalmente esta afirmación. El evangelista quiere decir que el hombre, en la medida en que, como custodio de la creación, supera la prueba de hacerse dueño de ella y manipularla a su servicio (este es, en realidad, el núcleo del pecado), Dios le sostiene y fortalece con su gracia. Es el hombre que ha vencido la prueba, como el atleta que es coronado con el triunfo.

Cuaresma: tiempo para nuestro propio conocimiento, tiempo de combate y de prueba, tiempo de obediencia y adoración, tiempo de lucha contra la mentira que nos rodea con su apetitosa apariencia, pero que, a la postre, nos deja desnudos. Por eso hemos comenzado vestidos con la verdad de la ceniza.

Segovia, febrero 2023

+ César Franco
Obispo de Segovia

CAMINAR DETRÁS DE JESÚS

En el mensaje del Papa Francisco para la Cuaresma de este año comenta la transfiguración de Jesús en el Tabor, cuyo Evangelio se lee en el segundo domingo de Cuaresma. El Papa resalta dos aspectos de esta escena que se ha convertido en un tratado de teología y mística en los comentarios que, tanto en la Iglesia católica como en la ortodoxa, han visto en ella el destino del cristiano.

Comenta, en primer lugar, el aspecto pedagógico del milagro en orden a educar a los apóstoles en el sentido de la cruz que, como sabemos por el contexto, resultó escandaloso a Pedro. No cabía en sus planes que Jesús tuviera que padecer. De ahí que, cuando Jesús anuncia su

muerte, Pedro quiera impedirlo. Jesús ve en esta actitud la presencia de Satanás y le ordena ponerse detrás de él sin interferir los planes de Dios. La transfiguración viene a confortar a los tres discípulos predilectos, que verían la angustia de Jesús en Getsemaní, para que comprendan que la pasión es el camino de la gloria.

El segundo aspecto que resalta el Papa Francisco es el de caminar con Jesús, subiendo al Tabor, para explicar el sentido de la sinodalidad, tema sobre el que venimos trabajando. Caminar con Jesús, hacia la cruz y hacia la gloria, es lo propio del cristiano en cuanto seguidor de Cristo. Cuando Jesús le dice a Pedro que se ponga «detrás de él» sin obstaculizar su camino, le indica que el Maestro es él y solo él puede señalar el camino, que es, al mismo tiempo, verdad y vida.

Es frecuente entre los cristianos que, cuando algo del Evangelio nos resulta difícil de entender y acoger en el corazón, pretendemos interpretarlo a la luz de nuestras opiniones. El discípulo siempre va detrás del Maestro, sigue sus pasos y carga con su propia cruz. Si Jesús llama a Satanás a Pedro, a quien momentos antes había concedido la gracia de ser su Vicario en la tierra, es para advertirle del peligro de no caminar con él y detrás de él.

En la transfiguración, Jesús aparece en la gloria propia de Dios. Es una teofanía. Jesús revela por un instante su identidad de Hijo de Dios que da plenitud a la revelación representada por Moisés y Elías: la Ley y los Profetas. Jesús es el Verbo que explica todas las palabras, también aquellas, que, como la de la cruz, nos resultan incomprensibles y molestas. Pero todavía hace algo más: enseña a sus apóstoles que, si le siguen de verdad, también ellos participarán un día de la gloria de Cristo. Esta enseñanza en plena Cuaresma nos viene bien a todos. La inclinación a evitar la cruz y todo sufrimiento es propia de nuestra condición

humana. Olvidamos, sin embargo, que la gloria a la que estamos llamados es el término del camino. Los tiempos de prueba y dificultad por los que pasa la Iglesia le sirven de purificación de todo lo que no es evangélico. Es tiempo de prueba, como lo fue para Cristo su pasión, pero no es la meta definitiva. La meta es la gloria de la resurrección de la que el acontecimiento del Tabor fue un deslumbramiento que, especialmente a Pedro, le hubiera gustado que durara para siempre: «Hagamos tres tiendas», se atrevió a decir a Jesús. No quería bajar del Tabor. Se estaba bien allí en el reino de la luz.

La condición del peregrino, que camina con Jesús y detrás de Jesús, conlleva asumir que la Iglesia realiza su misión entre las luces y las sombras de la historia, pero lo hace con la certeza de que la luz ha brillado en la tiniebla y, por tanto, puede iluminar todos los aspectos de la vida humana, propia y ajena. Esta fue la enseñanza que quiso dar Jesús a sus apóstoles para que superaran el escándalo de la cruz y fuesen testigos de la gloria que un día se revelaría en la resurrección.

Segovia, marzo 2023

+ César Franco
Obispo de Segovia

DISCÍPULOS MISIONEROS

El Papa Francisco ha definido al cristiano con el binomio «discípulo misionero». Ninguna de las dos facetas puede olvidar quien sigue a Cristo con fidelidad y coherencia. Si se es verdadero discípulo, el cristiano se siente enviado a la misión. Si es misionero, debe recordar siempre su condición de discípulo para no caer en la tentación de anunciarse a sí mismo.

En este domingo de Cuaresma leemos el Evangelio de la mujer samaritana que se encuentra con Jesús en el pozo de Jacob. Aunque parece un encuentro fortuito, está muy previsto en el plan de Jesús. Quiere pasar por Samaria para llevar la buena noticia de la salvación. La samaritana se convertirá en su embajadora, pero antes tiene que llegar a ser discípula de Jesús y conocer quién es él.

Jesús, cansado del camino, se sienta junto al pozo y, cuando llega la samaritana, le pide que le dé de beber. La enemistad entre judíos y samaritanos hace que la mujer recele del judío, pero Jesús aprovecha esta circunstancia para ofrecer a la samaritana un agua mejor que la del pozo de Jacob. Le ofrece agua viva. Sorprendida por este ofrecimiento y viendo que Jesús no tiene ni un cubo para sacar agua, entra en la dinámica de Jesús y le pregunta por el origen del agua misteriosa. De repente, Jesús cambia de conversación y pide a la mujer que llame a su marido. Ella responde que no tiene marido y Jesús le revela que conoce su situación vital: cinco ha tenido y el actual no es su marido. Esta revelación hace que la mujer reconozca que Jesús es un profeta y, por esta razón, le pregunta sobre el culto que hay que dar a Dios. Del problema personal se pasa al problema religioso, que es definitiva el problema esencial de todo hombre. Cuando el hombre entra en su interior puede entender que el culto auténtico a Dios, el que Jesús propone a la samaritana, solo puede darse en el espíritu y en la verdad. Estas dos palabras –Espíritu y Verdad– son fundamentales en el evangelio de Juan. Deben escribirse con mayúsculas. No se deben adjetivar como si Jesús dijera que tenemos que ser espirituales y veraces (lo cual debe darse por supuesto). El Espíritu del que habla Jesús es el Espíritu de Dios y la Verdad es él mismo, como dirá más adelante en el evangelio: yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Sólo quien se deja llevar por el Espíritu de Dios

puede llamarse hijo de Dios y sólo quien vive de la Verdad de Cristo puede encontrarse a sí mismo y dar culto a Dios.

Cuando la mujer entiende esto, deja su cántaro en el pozo y se dirige a su pueblo para anunciar que un hombre le ha revelado el secreto de su vida y, posiblemente, sea el Mesías. De discípula de Cristo se ha convertido en su eficaz misionera. Los vecinos entonces van a buscar a Jesús y le piden que se quede con ellos unos días. Al final, los samaritanos terminan acogiendo la palabra de Jesús y proclaman que es «el Salvador del mundo». No cabe duda de que el evangelista ha querido mostrar cuál es el proceso mediante el cual un pagano se convierte en discípulo de Cristo y, por consiguiente, en un misionero comprometido.

En nuestro itinerario cuaresmal, la iglesia nos invita, con el ejemplo de la samaritana, a dejarnos convertir por Cristo bebiendo el agua viva de su palabra y comunicando a los demás la experiencia gozosa del evangelio. Es posible que también nosotros necesitemos que Cristo lea en nuestro interior y nos revele cuál es el camino para adorar a Dios en Espíritu y en Verdad. Dicho de otra manera: si Jesús nos pide beber el agua de nuestra vida, aprendamos que él nos ofrece un agua viva, la única que puede saciar la sed de felicidad que hay en el corazón humano. Solo hay que estar atento a que Cristo se cruce en nuestro camino.

Segovia, marzo 2023

+ César Franco
Obispo de Segovia

FRANCISCO Y EL SERVICIO DE PEDRO

Con ocasión de los diez años del Papa Francisco se han escrito artículos que abundan en perspectivas sociopolíticas y escasean en las teológicas y eclesiales. Consciente o inconscientemente, se considera que el Papa está por encima de la Iglesia y puede actuar en ella como quiera. Quienes se felicitan porque Francisco ha acabado con un ejercicio del papado al estilo de un monarca absoluto, le critican que no haya hecho reformas en la doctrina sobre el matrimonio homosexual, el sacerdocio femenino, el aborto y la eutanasia o el celibato. Se le exige, por tanto, que sitúe su ministerio «sobre la Iglesia» y no «en la Iglesia». Como explica la eclesiología, el primado de Pedro sólo puede ejercerse en la obediencia a la Escritura y a la Tradición porque el Papa es un discípulo de Cristo que no puede situarse por encima de la Iglesia en cuestiones esenciales a su estructura y a la verdad cuyo origen se remonta a la creación y a la redención. ¿Es tan difícil entender que el aborto y la eutanasia son terribles atentados contra la vida y su Creador? Ningún Papa puede decir lo contrario. El Papa debe «obediencia a la fe» (san Pablo) como cualquier cristiano. Con la muerte del último apóstol se cierra el proceso constituyente de la Iglesia, de manera que, tanto el Papa como los obispos, son custodios de ese proceso que deben respetar. Es verdad que la exposición del dogma evoluciona de *forma homogénea* (L. Scheffczyk), pero no cambia su contenido, sino el modo de presentarlo. En cuestiones como el celibato, de derecho eclesiástico, el Papa tiene potestad para cambiar la disciplina, pero, como decía san Juan XXIII, el hecho de ser Papa no le autoriza sin más a dar un vuelco a una venerable y fecunda praxis eclesial. Digamos de pasada que también en la Ortodoxia existe el celibato. Los sacerdotes se casan antes de recibir la ordenación, no después. Y los obispos, que suceden a los

apóstoles y poseen en plenitud el sacerdocio, son elegidos entre los monjes, que, sin excepción, son célibes.

Cuestiones como el sacerdocio femenino y el matrimonio de personas homosexuales no entran en el ámbito de las decisiones papales, sencillamente porque su autoridad está limitada por lo que Dios ha hecho en la creación — ley natural— y Cristo ha determinado para la Iglesia con autoridad divina. Por esta razón, el documento de san Juan Pablo II sobre el sacerdocio femenino afirma que la Iglesia «no tiene la facultad de conferir la ordenación sacerdotal a las mujeres», lo que «debe ser considerado como definitivo por todos los fieles de la Iglesia» (*Ordinatio sacerdotalis*). Si se estudian con seriedad las razones, se entenderá por qué el Papa Francisco afirma que en esta declaración se ha dicho la última palabra. No sólo es cuestión de fe, sino de razón (lógica y teológica).

Decir que este Papa no ha hecho cambios doctrinales es desconocer que por «doctrina» no solo se entiende lo referido al dogma, sino a las cuestiones que se derivan de él. Y Francisco, en este sentido, ha hecho cambios y avances doctrinales. Si por cambios de doctrina se entiende cambios en la fe y en la moral, el Papa es consciente de los límites de su autoridad en la Iglesia. Todos los papas sin excepción están marcados por el signo de la contradicción de Cristo y tienen que asumir la incomprensión de quienes entienden su ministerio desde el poder absoluto y no desde el servicio. Ya le dijo claramente Jesús a Pedro que, cuando fuera viejo, le llevarían a donde no quisiera, en clara alusión al martirio. No es el Papa quien tiene que cambiar su *chip*, es la sociedad la que debe conocer mejor qué es la Iglesia y qué lugar ocupa en ella el ministerio de Pedro.

Segovia, marzo 2023

+ César Franco
Obispo de Segovia

CON OCASIÓN DE SAN JOSÉ

El 19 de marzo la Iglesia celebra la Solemnidad de San José, padre legal de Cristo y Patrono de la Iglesia Universal que se confía a sus cuidados como hizo el Hijo de Dios.

En la sociedad y en la cultura actual se vive una crisis de paternidad. Así lo hemos señalado los obispos españoles en nuestro documento *El Dios fiel mantiene su alianza (Dt 7,9)*. No es nada extraño si tenemos en cuenta que la ideología de género ha supuesto un ataque frontal a conceptos como padre y madre, sustituidos por progenitores (sin determinar sexo) y a los de esposo y esposa, sustituidos por cónyuges. Esta manipulación o secuestro del lenguaje ha desdibujado la función del padre y de la madre de manera que se pierde el sentido último de la alteridad de los sexos (y las consecuencias derivadas de ella) que proviene del Dios creador.

En nuestro documento, los obispos hacemos notar que hay voces en la cultura actual que responsabilizan a la tradición católica de la permanencia de un modelo de masculinidad «patriarcal», «en la que el varón dominó con superioridad y autoritarismo la familia» (p.32). Sin embargo, si se tiene en cuenta la singularidad del cristianismo y su influencia en la civilización que le vio nacer, es todo lo contrario. «La mayor contribución histórica de la Iglesia al modelo de paternidad fue la superación del modelo romano de autoridad paterna. En un tiempo en que los varones tenían derechos a quitar la vida a sus hijos y a sus mujeres, la Iglesia proclamó la absoluta inviolabilidad de la vida, la igualdad de los esposos ante Dios y la radical libertad de las mujeres y los hijos» (p.33).

En la crisis actual de la paternidad (y de modo similar, de la maternidad) hay muchos factores confluyentes. La hipertrofia del concepto de autonomía y libertad de la

persona que la lleva a desvincularse de toda relación de sana dependencia; el ataque frontal a la autoridad en los diversos ámbitos de la vida (piénsese, por ejemplo, en las dificultades que pasan los que enseñan); en las ideologías y leyes que minan la relación de confianza filial en niños y adolescentes. Todo esto afecta a la familia de modo directo y, consecuentemente, pone en crisis la paternidad. Es verdad que no todos los padres son modelos de paternidad, pero no se lucha contra lo malo atacando lo bueno.

En su carta sobre san José, *Con corazón de Padre*, el Papa Francisco profundiza en la paternidad que le exigió fuertes dosis de humildad, discernimiento, prudencia y sabiduría, al conocer que el hijo de María era Hijo de Dios. El hecho de que la tradición evangélica hable tan poco de él no significa falta de aprecio por la misión recibida. Yo diría más bien que la discreción que definió su persona ha pasado a los evangelios también en la discreción del relato literario. Lo poco que se dice de él basta para retratarlo con los mejores rasgos del padre bueno y justo. El Papa Francisco señala en su carta algunas características de su papel de padre: ternura, confianza, apoyo, incondicionalidad, cuidado y protección. En los evangelios se le define como «varón justo», título reservado a quienes participan de la justicia (y santidad de Dios). Aparece junto a María en los momentos fundamentales de la infancia y adolescencia, que es cuando el hijo más necesidad tiene del padre.

El caso de san José es único en la historia. El paradigma de su paternidad, sin embargo, alcanza rasgos universales que pueden ser propuestos a los padres de hoy. Para ello, es preciso reconocer que el hijo es un don de Dios que entrega a los padres para que lo eduquen conscientes de su trascendencia y de su destino. El hijo nunca es propiedad de los padres como si fuera un objeto, aunque ejerzan sobre él la autoridad que origina la procreación. El equilibrio que

supone educar reconociendo la trascendencia del hijo y la responsabilidad que tienen, como padres, para conducirlo a su destino es la gran aventura de la paternidad que exige la práctica de muchas y variadas virtudes que no siempre se poseen y, lo que es más grave, se consideran obsoletas por los ingenieros modernos de una humanidad diseñada desde perspectivas cerradas a la trascendencia. San José, varón justo, puede decir mucho a quienes quieran ser padres de verdad, con un corazón cercano al de Dios.

Segovia, marzo 2023

+ César Franco
Obispo de Segovia

LA PARADOJA DE JESÚS

Durante los domingos de Cuaresma hemos contemplado a Jesús en diversas facetas. En cuanto hombre, lo hemos visto tentado; y, en cuanto Dios, transfigurado en el monte Tabor. También le hemos visto ofrecer agua viva a la samaritana y abrir los ojos a un ciego de nacimiento para mostrar que él es la luz del mundo. En este último domingo de cuaresma, al resucitar a Lázaro, Jesús dice de sí mismo que es «la resurrección y la vida», una de las afirmaciones que le colocan al nivel de Dios. Dar la vida y resucitar a los muertos son, en la Biblia, atributos divinos.

La razón de leer este Evangelio al fin de la Cuaresma es porque la resurrección de Lázaro fue la gota que llenó el vaso de la paciencia de los líderes religiosos de Israel para conducir a Cristo a la muerte. A medida que Jesús se fue dando a conocer por su predicación y milagros, se adhería la gente a él. Además, Jesús hacía y decía cosas que no se correspondían con el pensamiento oficial del judaísmo. Curaba en sábado, comía con publicanos y pecadores, inter-

pretaba la ley de Moisés con una autoridad que le situaba por encima de él, y acusaba a los fariseos y saduceos de tratar mal a la gente sencilla, especialmente a quienes le seguían. Estas razones, derivadas de una falsa comprensión de la religión, hicieron que los fariseos dijeran: «He aquí que todo el mundo le sigue» (Jn 12,19).

La noticia de la resurrección de Lázaro corrió como la pólvora en Betania y los alrededores de Jerusalén y llegó a oídos del sanedrín, el alto tribunal religioso de Israel que determinó su condena a muerte. El temor de que el pueblo entero siguiera a Jesús hizo pensar al sanedrín que todo el pueblo se levantaría y los romanos destruirían el templo y la ciudad. Por eso, «los sumos sacerdotes y fariseos habían mandado que el que se enterase de dónde estaba les avisara para prenderlo» (Jn1,57). El evangelista carga las tintas sobre este posible levantamiento del pueblo (no eran tantos los que seguían a Jesús) porque le interesa subrayar sobre todo la resurrección de Lázaro como motivo de la muerte de Jesús. Es una paradoja sorprendente —viene a decir— que quien da la vida a un muerto sea condenado a morir. Fiel a la temática de su Evangelio, el autor ama los contrastes para resaltar la personalidad única de Jesús: es la luz rechazada por las tinieblas; es la verdad a que se opone la mentira; es la vida sentenciada a muerte. Cuando Jesús se entera de que buscan prenderlo, se retira con sus discípulos a la ciudad de Efraín, cerca del desierto, y ya no volverá a Jerusalén hasta su entrada el día de los ramos.

El milagro de la resurrección de Lázaro, según dice el Evangelio, hizo creer a muchos judíos que lo vieron. Otros, sin embargo, a pesar de haberlo visto, fueron a comunicárselo al sanedrín. Este dato revela hasta qué punto Jesús es signo de contradicción. Unos creen, otros no; unos lo acogen, otros lo rechazan. Es el misterio de la fe y de la libertad del hombre. Los milagros de Jesús fueron hechos visibles,

constatables. Por eso, Jesús apela a ellos para que crean en él los que no quieren acoger su doctrina. Este es el drama de Jesús en cuanto enviado del Padre, un drama que atraviesa toda la historia. Algunos piensan que, si hubieran visto los milagros con sus propios ojos, habrían creído en él. Pero esto denota presunción. No basta con ver el signo; hay que acoger su significado. La fe es una adhesión de toda la persona. Y la persona implica la inteligencia y el corazón. La fe involucra todo el ser. Por eso dijo el mismo Jesús, en la parábola del rico epulón y del pobre Lázaro, que quien no acoge la palabra de Dios, no creará aunque resucite un muerto (cf. Lc 16,31).

Segovia, marzo 2023

+ César Franco
Obispo de Segovia

VISITA PASTORAL

El Excmo. y Rvdmo. Mons. César Franco Martínez ha realizado la Visita Pastoral en los siguientes lugares.

ENERO 2023

- Día 16. Cantalejo.
- Día 17. Fuente del Olmo de Fuentidueña y Navalilla.
- Día 19. Fuentepiñel y Torrecilla del Pinar.
- Día 20. Tejares, Cobos de Fuentidueña, San Miguel de Bernuy, Aldeonsancho y Cantalejo.
- Día 22. Fuenterrebollo y Carrascal del Río.
- Día 25. San Pedro de Gaíllos.
- Día 29. Velosillo, Perorrubio y Santa María del Cerro.

FEBRERO 2023

- Día 1. Aldeacorvo, Consuegra y Valdesimonte.
- Día 2. Rebollar y San Pedro de Gaíllos.
- Día 3. Fuentesauco de Fuentidueña, Aldeasoña, Laguna de Contreras, Calabazas de Fuentidueña y Los Valles de Fuentidueña.
- Día 4. Aldehorno, Aldeanueva de la Serrezuela y Valle de Tabladillo.
- Día 5. Castrojimeno, Castro de Fuentidueña y Torreadrada.
- Día 19. Rebollo.
- Día 24. Caserío de San José, Valtiendas y Fuentesoto.

MARZO 2023

- Día 2. Sacramenia, Coto de San Bernardo, Pecharromán y Villa de Fuentidueña.
- Día 9. Cuevas de Provanco y Vivar de Fuentidueña.
- Día 22. Sacramenia.
- Día 23. Encuentro con los sacerdotes del Arciprestazgo de Cantalejo-Fuentidueña para la clausura de la visita pastoral.

AGENDA DEL SR. OBISPO**ENERO 2023**

- Día 3. Consejo de Gobierno.
- Día 4. Misa funeral por el Papa Benedicto XVI.
- Día 5. Visitas en el Obispado. Reunión del Instituto para la Sustentación del Clero.
- Día 7. Eucaristía con las Religiosas de María Inmaculada y el Movimiento de Laicos Vicenta María.

- Días 8-13. Ejercicios Espirituales
- Día 14. Consejo de Gobierno.
- Día 15. Eucaristía por el día de la Infancia Misionera en el Colegio de los Escolapios en Pozuelo de Alarcón (Madrid).
- Día 16. Visita pastoral en Cantalejo.
- Día 17. Visitas en el Obispado. Visita pastoral en Fuente del Olmo de Fuentidueña y Navalilla.
- Día 18. Eucaristía funeral por la madre de un sacerdote.
- Día 19. Visita pastoral en Fuentepiñel y Torrecilla del Pinar.
- Día 20. Visita pastoral en Tejares, Cobos de Fuentidueña, San Miguel de Bernuy, Aldeonsancho y Cantalejo.
- Día 21. Eucaristía en el Santuario del Henar y traslado de las reliquias de los mártires.
- Día 22. Visita pastoral en Fuenterrebollo y Carrascal del Río.
- Día 23. Misa mozárabe en La Real Colegiata de San Ildefonso de La Granja.
- Día 24. Encuentro con los periodistas. Consejo de Gobierno. Patronato Fundación San Pedro.
- Día 25. Visita pastoral en San Pedro de Gáillos. Eucaristía en la Escuela de Teología.
- Día 27. Visitas en el Obispado. Consejo de Asuntos Económicos.
- Día 28. Formación de jóvenes en la Casa de Espiritualidad.
- Día 29. Visita pastoral en Velosillo, Perorrubio y Santa María del Cerro.
- Día 30. Escuela de catequesis: conferencia sobre la vida de los santos y su inserción en la catequesis.
- Día 31. Consejo de Gobierno. Eucaristía funeral por la madre de un sacerdote.

FEBRERO 2023

- Día 1. Visita pastoral en Aldeacorvo, Consuegra y Valdesimonte.
- Día 2. Visita pastoral en Rebollar y San Pedro de Gaiños. Eucaristía en la Catedral por el día de Presentación del Señor, Jornada Mundial de la Vida Consagrada.
- Día 3. Visitas en el Obispado. Visita pastoral Fuentesauco de Fuentidueña, Aldeasoña, Laguna de Contreras, Calabazas de Fuentidueña y Los Valles de Fuentidueña.
- Día 4. Visita pastoral en Aldehorno, Aldeanueva de la Serrezuela y Valle de Tabladillo.
- Día 5. Visita pastoral en Castrojimeno, Castro de Fuentidueña y Torreadrada.
- Día 6. Reunión de arciprestes.
- Día 7. Consejo de Gobierno.
- Día 8. Visitas en el Obispado.
- Día 9. Visitas en el Obispado. Eucaristía en San Millán con motivo del comienzo de la campaña de Manos Unidas.
- Día 10. Comisión permanente del Consejo presbiteral. Eucaristía funeral por la madre de un sacerdote.
- Día 14. Consejo de Gobierno. Conferencia en las Jornadas diocesanas de laicos.
- Día 16. Conferencia con ocasión de la semana del matrimonio.
- Día 18. Consejo diocesano de Pastoral.
- Día 19. Visita pastoral en Rebollo.
- Días 20. Visitas en el Obispado.
- Día 21. Consejo de Gobierno.
- Día 24. Consejo de Asuntos Económicos. Visita pastoral en Caserío de San José, Valtiendas y Fuentesoto.
- Día 25. Misa, inauguración y bendición del busto de la Reina Isabel La Católica en la Iglesia de San Miguel.
- Día 26. Eucaristía en la Iglesia de San Millán con motivo de la semana del matrimonio, bodas de plata y oro.

- Días 27-28. Participa en el Encuentro de Obispos, Vicarios y Arciprestes de la Iglesia en Castilla.

MARZO 2023

- Día 1. Misa por el día de la Policía local de Segovia. Visitas en el Obispado. Funeral por la Madre Abadesa del Convento de la Sagrada Familia de las Madres Carmelitas de La Granja.
- Día 2. Visita pastoral en Sacramenia.
- Día 3. Reunión del Consejo Presbiteral.
- Día 4. Formación de jóvenes en la Casa de Espiritualidad.
- Día 6. Retiro de cuaresma para sacerdotes.
- Día 7. Consejo de Gobierno.
- Día 8. Visitas en el Obispado.
- Día 9. Visita pastoral en Cuevas de Provanco y Vivar de Fuentidueña.
- Día 10-12. Viaje a Roma. Audiencia con el Papa
- Día 14. Consejo de Gobierno.
- Día 15. Reunión Patronato Edades del Hombre.
- Día 16. Visitas en el Obispado.
- Día 17. Visitas en el Obispado.
- Día 18. Vigilia por el día del Seminario en la Parroquia de San José.
- Día 20. Eucaristía en las Hermanitas de los Pobres. Consejo de Gobierno.
- Día 22. Visita pastoral en Sacramenia. Participa en el Acto de la Reapertura del Palacio Episcopal.
- Día 23. Encuentro con los sacerdotes del Arciprestazgo de Cantalejo-Fuentidueña para la clausura de la visita pastoral.
- Día 25. Formación de jóvenes. Participa en el pregón de Semana Santa.
- Día 28. Consejo de Gobierno.
- Día 29. Visitas en el Obispado.

- Día 30. Visitas en el Obispado.
- Día 31. Consejo de Asuntos Económicos.

II. CANCELLERÍA - SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

El Excmo. y Rvdmo. Mons. César Augusto Franco Martínez se ha dignado hacer los siguientes nombramientos:

3 de enero de 2023.

Don Ángel Galindo García. Asume de la Vicaría de Pastoral la Coordinación del Colegio de Arciprestes y la Presidencia de la Comisión para el sostenimiento de la Iglesia.

Don Juan Cruz Arnanz Cuesta. Asume de la Vicaría de Pastoral coordinar el Consejo de Pastoral diocesano, coordinar la programación diocesana, coordinar diocesanalmente los Encuentros de Obispos, Vicarios y Arciprestes de Iglesia en Castilla. También recaen sobre esta Vicaría: Delegación de Liturgia, Secretariado de Apostolado Seglar, Secretariado de Ecumenismo y Celebradores de la Palabra.

Don Francisco Jimeno Mardomingo. Tras su renuncia, cesa como Vicario de Pastoral y continúa con el resto de cargos diocesanos.

Don José María Gutiérrez de Diego. Miembro de la Comisión diocesana para el sustento de la Iglesia.

16 de enero de 2023.

Don José Antonio García Prieto. Consejero del Consejo Pastoral diocesano. Por el tiempo que resta a los demás Consejeros.

Alfonso M^a Frechel Merino
Canciller – Secretario General

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL

CAMINOS DE JUVENTUD

(Propuesta de Juventud para la preparación
de la JMJ Lisboa 2023)

La Subcomisión Episcopal para la Juventud y la Infancia ha elaborado unos materiales formativos para acompañar a los jóvenes en su camino hacia la Jornada Mundial de la Juventud (JMJ) que va a tener lugar en Lisboa del 1 al 6 de agosto. «Camino de juventud. Partamos sin demora» es el título de este trabajo, que también se ofrece a los jóvenes que no pueden acudir a la Jornada.

La Subcomisión Episcopal para la Juventud y la Infancia fundamenta esta propuesta en dos pilares. Por un lado, la Visitación de la Virgen a Isabel, cuando María parte en su ayuda. Porque en el camino hacia la JMJ, se llenan de esperanza para salir sin demora hacia este encuentro con el Señor de la mano de María. El segundo pilar es el capítulo quinto de la exhortación apostólica *Christus vivit* del papa Francisco a los jóvenes. Un documento que ha sido la base del trabajo pastoral de la Subcomisión en los últimos años.

Un camino para recorrer en 5 etapas. Con estos dos pilares de base, se propone a los jóvenes recorrer el camino hacia la JMJ en cinco etapas. El camino empieza en uno mismo -en la dimensión personal- y va recorriendo la parroquia, la diócesis y la faceta comunitaria de la Iglesia para llegar a la dimensión universal, que es la que van a vivir en Lisboa.

Cada una de las etapas de este camino hacia la JMJ se divide, a su vez, en cinco pasos que cada joven podrá ir dando en compañía de su comunidad. El primero será «reconocer», para que el joven mire su vida, su realidad. El segundo paso es «esperar» Una vez que se ha mirado

la vida, el joven se preguntará sobre qué lugar ocupa Dios en esta vida. «Interpreta y discierne» es el tercer paso: ¿Eres capaz de escuchar la llamada de Dios y responder? El cuarto paso es «hablar», un diálogo fraterno con Dios en el que se pide y se agradece. «Actuar» es el último paso de cada etapa, porque todo lo vivido no se puede quedar en algo exclusivamente sentimental. Con este paso llegarán las propuestas de compromisos concretos, revisables y realizables, siempre aconsejando que se discernan con la ayuda de un acompañante.

El camino hacia la JMJ ha comenzado la primera etapa: Dios te ama profundamente. El resto, se irán descubriendo escalonadamente. También se ha publicado una presentación para explicar el contenido de todos estos materiales.

Segunda etapa (12 de abril): No estás solo, mira a tu lado.

Tercera etapa (15 de mayo): ¡La parroquia, tu casa y hogar!

Cuarta etapa (25 de junio): La diócesis, comunidad de comunidades

Quinta etapa (31 de julio): ¡Iglesia que camina unida!

Como complemento celebrativo a todas las etapas, los jóvenes españoles se encontrarán el 31 de julio en Lisboa. Será el pórtico para llegar juntos al final del camino, la JMJ.

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO CON MOTIVO DEL HERMANAMIENTO DE LOS SANTUARIOS DE LA VIRGEN DE GUADALUPE

A Su Excelencia Reverendísima
Mons. Francisco Cerro Chaves
Arzobispo de Toledo

Querido hermano:

Con gran gozo deseo hacerte llegar mi saludo con motivo del hermanamiento de los dos santuarios dedicados a la Bienaventurada Virgen María, bajo el título de Nuestra Señora de Guadalupe. Te ruego lo hagas extensivo, en primer lugar, a Su Eminencia el cardenal Carlos Aguiar Retes, Arzobispo de México, y, junto a él, a todos los Obispos, sacerdotes, consagrados y fieles que han querido ponerse en este día a los pies de la Santísima Virgen, como un único Pueblo santo de Dios.

María, nuestra Madre, es siempre para su Pueblo vínculo de comunión. Tanto la Escritura como la tradición apostólica nos la muestran convocando a los apóstoles y a la comunidad en torno a Ella, en un clima de oración. Así lo expresa san Lucas en los Hechos de los Apóstoles: «Todos ellos, íntimamente unidos, se dedicaban a la oración, en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús,

y de sus hermanos» (1,14). Esa experiencia fundante de la primera comunidad cristiana trasciende las épocas y los lugares, y la Madre de Jesús, de forma sencilla, nos sigue llamando. Esto se ha expresado en muchos lugares del mundo con la invitación a construir un templo que fuese una casa con las puertas siempre abiertas para todos, una casa de oración y de comunión.

Hoy los convoca el dulce Nombre de María, más precisamente una advocación milenaria que ya en su raíz etimológica nos habla de mestizaje, de encuentro con Dios y con los hombres. Mestizaje porque los estudiosos no se logran poner de acuerdo si debemos leer el título “Guadalupe” en árabe, en latín o en náhuatl. Pero es curioso que lo que podría plantearse como un conflicto pueda en realidad leerse como un guiño del Espíritu Santo que hace escuchar su mensaje de amor a cada uno en su lengua. Así, en árabe la palabra podría sonar “río oculto”, como lo estaba esa fuente de agua viva que Jesús promete a la Samaritana, esa fuerza de la gracia que, incluso en tiempos de rechazo e incomprensión, mantiene viva a la Iglesia (cf. *Jn* 4,10). Como pastores, esta alusión debe ser para nosotros un acicate, buscar siempre en el otro ese río oculto de gracia, ese Amor de Dios que lo hace un tesoro inestimable. Todo cambiaría si, como la Virgen, pudiésemos ver en el otro ese secreto oculto, cuántos fracasos y conflictos evitaríamos.

Sin embargo, mezclándose con el latín, la palabra nos hablaría de un “río de lobos” y, en ese sentido, de un remanso de paz para aquellos que están atribulados por sus propios pecados, por la violencia, por tantas guerras internas y externas que hacen del hombre un lobo para el hombre. Es el mismo río oculto de la gracia que en el diálogo con Jesús nos muestra nuestra realidad (v. 29), abriéndonos a la esperanza. Como a san Francisco, en su famoso encuentro con el lobo, otra vez la Virgen María nos

interpela para ser fermento de comunión y reconciliación entre Dios y los hombres, alentando a tantos fieles que se acercan al santuario con este fin.

Finalmente, combinándose con la raíz mexicana, nuestra Señora de Guadalupe se proclama como la que vence a la serpiente, con una tocante evocación al protoevangelio del Génesis. La Inmaculada es así la verdadera madre de todos los que viven; de los que han sido convocados hoy en este santuario, junto a sus pastores, para proclamar su fe en el Hijo de Dios, en Aquél que, haciendo nuevas todas las cosas, ha reconciliado consigo el mundo. Los animo a hacer brotar en los corazones de los hombres y mujeres de nuestro tiempo ese río de agua viva que salta hasta el cielo, para dar a Dios un culto en Espíritu y Verdad (cf. vv. 14, 23).

Queridos hermanos y hermanas: En cada momento histórico, en cada cultura, el Evangelio, permaneciendo siempre el mismo, se enriquece de significado. Lejos de descartar, incluye a cada persona que lo acoge. Pidamos a Dios que, en cada tiempo y lugar donde María nuestra Madre nos convoque, demos testimonio de esa íntima unión de la que sólo el Espíritu puede ser artífice.

Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Y, por favor, les pido que recen por mí.

Fraternalmente,

Roma, San Juan de Letrán, 11 de febrero de 2023

FRANCISCO

VARIOS

ENCUENTRO DE OBISPOS, VICARIOS Y ARCIPRESTES DE IGLESIA EN CASTILLA

El tradicional Encuentro de Obispos, Vicarios y Arciprestes de Iglesia en Castilla se ha celebrado durante dos jornadas, los días 27 y 28 de febrero, en el Seminario diocesano de Ávila. En torno a un centenar de participantes se han dado cita en la ciudad amurallada, en lo que ha supuesto el primero de los encuentros presenciales desde que comenzó la pandemia. Y esto se ha traducido en reencuentros llenos de abrazos. Pero, sobre todo, en dejar patente las ganas de reavivar ese camino común emprendido desde hace 40 años entre las diócesis de Zamora, Salamanca, Ciudad Rodrigo, Ávila, Valladolid, Segovia, Palencia, Burgos y Osma-Soria.

El Sínodo ha centrado todas las sesiones de trabajo. Y es que este Encuentro ha supuesto una especie de “fase regional” del proceso sinodal en el que está inmersa la Iglesia en este momento. De hecho, uno de los puntos fuertes de estas dos jornadas ha sido la presentación de las conclusiones a las que han llegado las distintas diócesis en la primera fase del Sínodo.

Iluminados por el Espíritu tras la Lectio Divina con la que comenzó el Encuentro el lunes, dirigida por el Obispo de Zamora, y tras haber reflexionado sobre lo que es y supone el discernimiento comunitario, gracias a la ponencia del jesuita Luis María García Domínguez, era el momento perfecto para reconocer nuestra realidad en aras a seguir caminando en sinodalidad. De esta manera, en la tarde del lunes, se han mostrado las inquietudes, preocupaciones y anhelos de toda la Iglesia en Castilla en el momento actual.

Esta “síntesis de las síntesis diocesanas” ha dejado la puerta abierta para, a partir de este Encuentro de Ávila, seguir caminando en sinodalidad como región. Un documento sobre el que se ha trabajado por grupos durante la jornada del martes, para plasmar de forma más concreta ese rumbo al que se dirigen nuestras Iglesias particulares, con el doble acento de la animación a los pastores y el crecimiento de la participación de los laicos y la vida consagrada en la comunión y misión de la Iglesia.

El Encuentro ha tenido también momentos de oración y de fraternidad. Como el rezo de Vísperas con el que concluía la jornada del lunes y que se realizó en el Monasterio de la Encarnación, lugar donde Santa Teresa de Jesús pasó la mayor parte de su vida, y templo jubilar en este Año Santo Teresiano que se está viviendo en la diócesis de Ávila. O la Eucaristía conjunta en la capilla del Seminario, con la que concluía a media tarde del martes el Encuentro, y que ha estado presidida por el Cardenal Ricardo Blázquez, arzobispo emérito de Valladolid. Asimismo, los participantes tuvieron la oportunidad de conocer dos joyas del románico abulense en una visita que tuvo lugar en la noche del lunes: la basílica de San Vicente, y la iglesia de San Andrés.

CAPELLANES EN EL CEMENTERIO DE SEGOVIA

El Ayuntamiento de Segovia ha comunicado al Obispado, sin diálogo previo, que no desea renovar el convenio firmado con dicha institución mediante el cual se garantizaba una atención digna a las familias en las exequias celebradas en el cementerio y junto a las sepulturas por un Capellán.

La laicidad o aconfesionalidad del Estado no significa, en absoluto, la no colaboración con confesiones religiosas.

Nuestra Constitución sostiene que «los poderes públicos tendrán en cuenta las creencias religiosas de la sociedad española y mantendrán las consiguientes relaciones de cooperación con la Iglesia Católica y las demás confesiones» (Art. 16 §3). Si se ayuda al deporte, a las actividades culturales y lúdicas, al transporte, etc. aunque no todos los ciudadanos lo compartan o hagan uso de tales servicios, es difícil entender que no se pueda hacer lo mismo con las familias de cualquier religión o creencia en momentos tan sensibles y difíciles como los del fallecimiento de un ser querido. En este caso, parece que en vez de ampliar derechos se están socavando los ya existentes.

Ante esta situación, el Obispado, en cumplimiento de su deber pastoral y en base a la libertad religiosa, está dispuesto a garantizar el referido servicio religioso de forma gratuita, bien a través de las parroquias de la ciudad, bien de otra manera adecuada desde la capilla del cementerio, propiedad de la Diócesis. Para ello, el Obispado está dispuesto, si fuere preciso mediante un acuerdo con el Ayuntamiento, a realizar gratuitamente el rito funerario en el cementerio propiedad del mismo.

Todo ello se haría sin coste para las arcas municipales, puesto que les parece que dedicar un 0,014% del presupuesto municipal anual es un agravio para todos aquellos que no usan este servicio. Cabe destacar que, en ese presupuesto anual de 66.661.915 millones de euros, la inversión en el servicio religioso demandado por la gran mayoría de las familias asciende a 9.365,40 euros al año. En definitiva, una cifra insignificante para el consuelo que supone a las familias segovianas que libremente lo solicitan.

REAPERTURA DEL PALACIO EPISCOPAL

El día 22 de marzo tuvo lugar el acto de reapertura del Palacio Episcopal tras meses de trabajo de adaptación de este espacio, gestionado por la Catedral de Segovia. La presentación del proyecto de reapertura contó con la presencia de autoridades religiosas y civiles. Intervino en primer lugar y tomó la palabra el Deán Presidente del Cabildo, Don Ángel García Rivilla. Continuó el Consejero de Cultura, Turismo y Deporte de la Junta de Castilla y León, Don Gonzalo Santonja Gómez, y concluyó el Sr. Obispo, Mons. César Augusto Franco Martínez.

Durante el acto se presentó el proyecto, centrado en la dinamización cultural y turística de este antiguo lugar de residencia de los obispos de Segovia y epicentro espiritual de la Diócesis. La Catedral de Segovia se convierte con esta reapertura en heredero del esfuerzo de la Diócesis de Segovia de erigir el Palacio en 1755 gracias a la iniciativa del obispo Manuel Murillo Argáiz. En estos casi tres siglos de historia, sus sucesores han sabido mantener y preservar este monumento y su patrimonio, que ya en 1841 se abrió a ser centro del arte y cultura albergando temporalmente la sede del Museo de Segovia. El coste del proyecto, cada uno de los servicios y actividades disponibles, han sido dirigidas y financiadas por la Catedral con el acompañamiento de empresas y equipos multidisciplinares.

La puesta en marcha del Palacio Episcopal de Segovia ha estado liderada por el Cabildo de la Catedral tras haber confiado la Diócesis su gestión. Durante casi un año y medio, los trabajos se han centrado en seis puntos fundamentales: identidad corporativa, plan de comunicación y gestión cultural, el diseño de la tienda, nuevo escape room, proyecto de educativo y la organización del equipo humano. Deseamos que sea un punto álgido de recreación espiritual y catequética, junto a un aporte valiosísimo a toda la cultura.

